

L

10



JUNTA DELEGADA  
DEL  
TESORO ARTÍSTICO

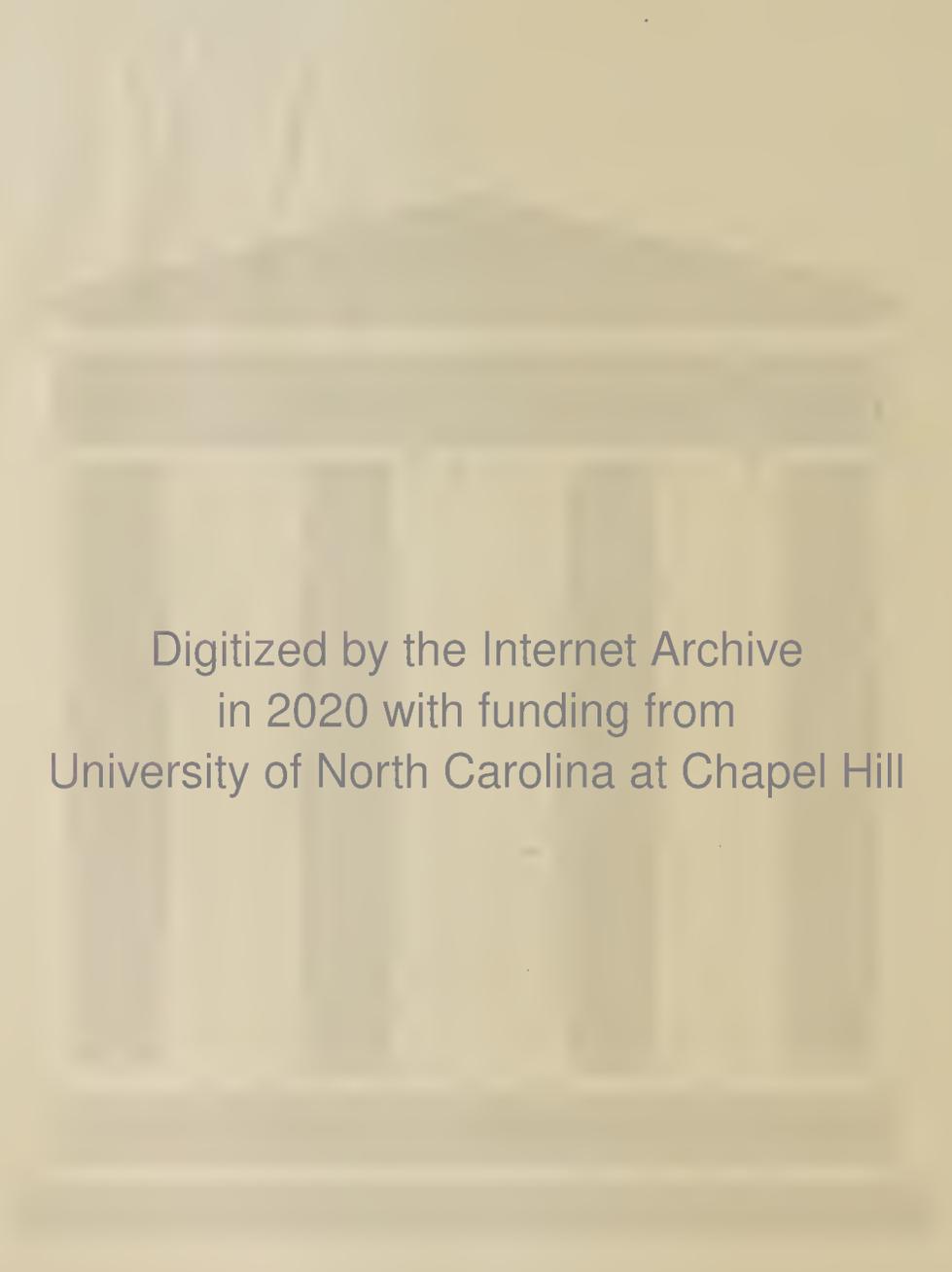
Libros depositados en la  
**Biblioteca Nacional**

Procedencia  
**T. BORRÁS**

N.º de la procedencia

593

¡POR UN INGLÉS!..



Digitized by the Internet Archive  
in 2020 with funding from  
University of North Carolina at Chapel Hill

¡POR UN INGLÉS!...  
ZARZUELA EN UN ACTO

ARREGLADA POR

D. José María de Larrea

Y

D. Eugenio Martínez Suenve.

MUSICA

DE D. MARIANO VAZQUEZ.

Estrenada con aplauso en el Teatro de la Zarzuela.



MADRID: 1861.

IMPRESA DE CRISTOBAL GONZALEZ,

Calle de S. Vicente alta, núm. 52.

## PERSONAS.

---

LA BARONESA. . . . .	SEÑORA RIVAS.
EL BARON. . . . .	SR. CUBERO.
BALDUQUE. . . . .	SR. ARDERIUS.
JOSÉ. . . . .	SR. GALBAN.
UN CRIADO (que no habla.) .	SR. N.

La escena pasa en Madrid en casa del Baron.

---

La propiedad de esta zarzuela pertenece á los señores Salas, Helguero y Gaztambide, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en los Teatros de España y sus posesiones, ni en los de Francia y las suyas.

Los corresponsales y agentes del CENTRO GENERAL DE ADMINISTRACION son los encargados exclusivos de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.

# ACTO ÚNICO.

---

Un salon lujosa y elegantemente amueblado: en el foro una chimenea con su guarnicion de reló y candelabros: sobre la chimenea un espejo: á cada lado de este un tirador de campanilla: á la derecha en tercer término la puerta de entrada: en frente de esta la del cuarto de la Baronesa: á la izquierda en primer término una puerta de escape que da á un corredor: entre esta puerta y la del cuarto de la baronesa, un balcon con doble colgadura; enfrente la puerta del cuarto del Baron con colgadura igual. En medio de la habitacion un velador: butacas á los dos lados de este: á derecha é izquierda de la chimenea dos marquesas ó sofás pequeños, separados de la pared de modo que se pueda andar alrededor: delante del balcon un poco soslayado, un piano abierto con su taburete, sillones y demás necesario: una lámpara sobre el velador: es de noche.

---

## ESCENA PRIMERA.

JOSE.

La una nada más, y los amos no volverán lo menos hasta las cuatro!.. Malditos bailes y maldita vida la que hacen estos señores... Pasarse todas las noches, que en invierno son cortas!... espera que te espera hasta que se les anteja venir!... Qué ganga!... Y, á Dios gracias, aquí no se siente el frio... Qué diferencia de cuando el amo

estaba soltero!... Entonces habia propinas largas... y ahora de Pascuas á Ramos. (Oyese el ruido de un coche.) Calle!... El coche ya... Milagro... En fin, hoy no tengo por qué quejarme. (Mirando por la puerta de entrada.) Pues no conozco al que llega!... Sin duda traen algun acompañante. (Cierra la puerta.) Bueno va!... Ahora, sabe Dios cuándo se acostarán!... Qué lástima de... En fin, si quieren algo, que llamen... Yo me voy á tomar la horizontal. (Váse por la puerta de escape, que deja abierta.)

## ESCENA II.

### BALDUQUE.

(Abre la puerta, asoma poco á poco la cabeza, y registra la habitacion con cuidado, segun indica el monólogo: el traje que vista ha de ser decente, pero un poco antiguo y se notará en él cierto desórden.)

Señora!... Caballero!... Ustedes me han de dispensar si... Pues no hay nadie!... Esta casa parece encantada. (pausa.) Vaya si es raro lo que me pasa!... Y todo, por qué?... Por culpa de mi patrona... Ella es la causa primordial de mis desgracias de hoy... Han de saber ustedes, que esa buena muger, á quien Dios confunda, se empeñó en que la habia de acompañar, *velis nolis*, al primer baile de máscaras que se daba esta noche en los salones de Capellanes. Aunque yo soy hombre de costumbres morigeradas, no me atreví á negarme, á poner un veto á la pretension de mi patrona. Es menester llevarse bien con ciertas gentes!... Fui, pues, al baile... Mas, oh! fatalidad!.. En medio de aquella reunion, tan numerosa como escogida, me encuentro de manos á boca con un acreedor, á quien por descuido sin duda habia olvidado dar las señas de mi casa. Quiero huir de él para no verme en el compromiso de ofrecerle mi habitacion; se apercibe de mi propósito y el muy tunante echa atrás de mí. Salgo á escape del salon y del baile, pero ¿quién puede escabullirse á las doce de la noche y en medio de la calle á los ojos avispados de un inglés? Atravieso calles y plazas sin conseguir que pierda la pista. Al volver una esquina veo una gran fila de carruages parados: una idea luminosa me asalta. Di-



ríjome á una berlina, cuyo cochero duerme tranquilamente sobre el pescante. Abro una portezuela y me escurro dentro, esperando salir por la otra: al ruido que hace la portezuela al cerrarse, el cochero despierta. Zis! Zas! azota los caballos, parten estos á escape, grito y no me contesta... Sigue, y á los diez minutos paramos en el zaguan de está casa, cuya puerta se habia abierto para dar paso al carruage. Me apeo maquinalmente... maquinalmente subo una escalera que se ofrece á mi vista: nadie se opone á mis pasos y... aquí me tienen ustedes libre de mi acreedor, pero expuesto á que me tomen por un ladrón ó algo peor quizás! Estas cosas solo á mí me pasan! Suerte más perra! Seis meses hace que corrotrás de un destino sin poderle echar el guante, y mis acreedores me lo echan á cada paso, sin yo correr atrás ellos!... Si es en amor aun soy más desgraciado! Oh ingrata Eufrasia! Tú me fuiste fiel cuando te conocí simple modista en los jardillos de la plaza de Oriente. Pero tus sentimientos han cambiado desde que cambiaste tu prosáico nombre por el de Eufrosina, y el dedal y la aguja por los bastidores del teatro y el tonelete de las bailarinas. Y no solo me has olvidado, sino que hasta me has devuelto el mechón de pelo que te dí en un momento de delirio... Hélo aquí, metido en un papel que me revela tengo un rival. (Lee.) «Querida Eufrosina, esta noche te espera á la salida del teatro, Enrique.» Quién será este Enrique?... La carta no tiene firma... Solo unas armas e el timbre... Algun viejo rico...

#### CANTO.

---

Amar á una modista  
cuando uno es pobre,  
es madurar la breva  
que otro se come.  
Que las modistas  
más que galanes quieren  
primos con prima.

---

Me ha dado pasaporte  
la que yo amaba:

El que me sustituya  
 pesca una ganga.  
 Mas no le envidio,  
 que con gangas como esta  
 ya está lucido.

---

Bah... Dejémonos de vanas pesquisas. Estoy algo cansado y aquí no puedo quedarme!... Si encontrara una salida... Probemos... Esta puerta... da á un corredor... Dónde irá á parar!.. Veámoslo... Dios me saque con bien de esta aventura, donde me he metido por culpa de mi patrona y del inglés. (Vase por la puerta de escape.)

### ESCENA III.

EL BARON y la BARONESA.

(Entran por la puerta principal: la Baronesa en traje de baile, cubierta con un albornoz.)

BARONESA.

Ya estarás convencido de que el cochero se burla de tí!... Que beba un poco se le puede tolerar, pero que se emborrache hasta el punto de hacerme venir á las dos de la madrugada á pie y en traje de baile, eso es ya demasiado.

BARON. (Quitándola el abrigo.)

Confieso que no tiene perdon... á menos de que no entendiera la orden que le dí...

BARONESA.

No será extraño... Un imbécil que no sabe una jota de español... Se necesita estar poco menos que loco, como lo estás tú, para tener esa endiablada mania de los criados extranjeros. Ni ellos te entienden, ni tú los entiendes.

BARON.

Como tú quieras... Pero es lo cierto que los cocheros franceses son los únicos buenos, los únicos posibles...

BARONESA. (Sentándose á la derecha del velador.)

Dí que lo único bueno es lo que tú eliges... y punto concluido.

BARON.

Como si á tí no te pasara lo mismo... Ahí está sinó el portero...

BARONESA.

Ese es muy distinto... Juan es un criado antiguo de mi familia.

BARON.

Lo cual no obsta para que haya estado á punto de hacernos pasar la noche al raso, empeñado en que la berlina habia vuelto con los amos. La perspectiva no era mala, pero sí un poco fresca... (se sienta en un sofá.)

BARONESA.

Tenia razon: la culpa es del cochero. Así por más que digas no despido á Juan.

BARON.

Harás muy bien... por mi parte me quedo con Ramoneau. (La Baronesa hosteza, el Baron se levanta, coge el sombrero que dejó junto á la chimenea y se dirige hácia su muger.) Buenas noches, Emilia.

BARONESA. (Deteniéndole.)

Vuelves á la embajada á bailar el cotillon con la de Villena?... Toda la noche ha sido tu pareja.

BARON.

Qué exageracion! Solo dos veces he bailado con ella, y eso porque, despues de tí, es la única que sabe walsar.

BARONESA.

Gracias... no te detengo... vuelve al baile... Cuando se ha amado cinco años á una muger, es natural que se desee estar á su lado.

BARON.

Ya sabes, Emilia, que á nadie he querido más que á tí.

BARONESA.

Qué hipócrita! Si tus amores con la de Villena eran públicos meses antes de nuestra boda!...

(Movimiento de impaciencia del Baron.)

BARON.

No conozco cosa más triste que los celos. Te aseguro que yo aun cuando viera un hombre á tus piés, creeria siempre que era tu zapatero...

BARONESA.

Ah! Ah!... Magnífico!...

BARON.

Hablo de veras... No he tenido, ni tendré nunca celos...

BARONESA.

Cuidado!... Mira que las mugeres somos el demonio...

BARON.

Imposible... Es mi carácter.

BARONESA.

Lo veremos.

BARON.

Esta misma noche han murmurado de tí á mi lado: he oido decir si te hacia ó no te hacia la córte el duque de Sharrac, ese jóven diplomático que tiene fama de ser un conquistador formidable... no le conozco... pues bien, ni me he alterado al oirlo. . Tengo fé en tí...

BARONESA.

Y como dicen vulgarmente, la fé te salve... Esa confianza prueba la viveza de tu cariño.

BARON.

O la verdad del tuyo: como más te plazca.

---

**MUSICA.**

BARONESA.

Así de mis recelos  
 burla el rigor,  
 y quien no siente celos  
 no siente amor.  
 Mas no me maravilla:  
 me has de olvidar,  
 porque con fé sencilla  
 te supe amar.  
 Y es cosa ya probada  
 que la mujer,  
 debe, por ser amada,  
 coqueta ser.

## BARON.

Las mujeres son todas  
 cual mi mujer:  
 creen precisos los celos  
 para querer.  
 Y hace un marido el oso,  
 procede mal,  
 si no ruge furioso  
 como un chacal.  
 Es caso ya probado,  
 visto por mí:  
 quien quiera ser amado  
 proceda así.

## BARONESA.

Ha de pintarse  
 y arrebolarse,  
 y su belleza  
 do quier lucir.  
 De sus constantes  
 admiradores,  
 oír las flores  
 y sonreír.  
 Qué bella!—Gracias!  
 —Qué seductora!  
 —Jesús!—Señora,  
 yo la he de amar!  
 —Qué desatino!  
 —Es mi destino!  
 —El mio es solo  
 reír, bailar!  
 Y su marido,  
 si no es un necio,  
 llega su precio  
 á conocer.  
 Si otros la encuentran  
 encantadora,  
 al punto adora  
 á su mujer.

BARON.

Ha de agitarse  
y arrebatarse,  
siempre con quejas  
ha de venir.  
A su costilla  
siempre arrimado,  
siempre enojado,  
nunca reir!  
Qué miras?—Hombre,  
no alzo los ojos!  
—Me das enojos!  
—Me has de matar!  
—A quién hablaste?  
—Triste destino!  
—Será mi sino;  
no he de escapar!  
Pobre marido  
que yo desprecio!  
Nunca tan necio,  
nunca he de ser!  
Aunque un amante  
vea obsequioso,  
no estoy celoso  
de mi mujer.

HABLADO.

BARONESA. (Impaciente.)

Quítame este brazalete.

BARON. (Se le quita y le pone sobre el velador.)

Te repito que no tendré nunca celos.

BARONESA.

Te vas á poner en ridículo si faltas al cotillon.. (Se sienta.)

BARON. (Levantándose.)

Eso es decirme que me vaya... Te dejó... (La dá la mano, toma su sombrero y se dirige á su cuarto.) Volveré cuando seas más razonable. (Entra en su habitación.)

## ESCENA IV.

## LA BARONESA

Volverá al baile?... Qué me importa?... (Quitándose las joyas.) Daría mis alhajas por poner á prueba la robusta fe de mi marido. No tener celos de una muger es casi insultarla. (Toma un espejito que hay sobre el velador.) Tan fea soy que esté seguro de que nadie me puede hacer la corte?... (Deja el espejo.) Esto es lo que tiene el ser buena... Los hombres son todos lo mismo... No paran la atencion en una como no la vean revocada, enlucida como una fachada... Desde hoy me pondré blanquete y arrebol... como la de Villena, á ver si á Enrique le gusto así. Padeeceré de ataques de nervios; en habiendo una diversion, me darán jaquecas y vahidos.—En fin, llegaré á ser insoportable... Todo el mundo me tendrá entonces por muy elegante y Enrique se ocupará de mí... Apuesto á que se ha ido ya al baile... (Mirando á la puerta del cuarto de su marido.) Nada se oye.

## ESCENA V.

## BARONESA.—BALDUQUE.

BALDUQUE. (Saliendo por donde se marchó.)

Todas las puertas están cerradas... esta casa es un nuevo laberinto de Creta...

BARONESA.

Vamos á descansar un rato... (Se vuelve y se halla de frente con Balduque.) Ah!

BALDUQUE. (Descubriéndose.)

Señora!... (Aparte.) Qué hermosa muger!...

BARONESA.

Un ladron, Dios mio!... y estoy sola!...

BALDUQUE. (Dirigiéndose hácia la puerta de entrada.)

Buscaba...

BARONESA. (Balbuceando.)

Tome usted mis joyas, mis diamantes... todo lo que usted quiera... Pero por Dios no me haga usted daño.

BALDUQUE.

Señora... usted se engaña.

BARONESA.

Tome usted... tome usted... y váyase usted pronto con sus cómplices...

BALDUQUE. (Mirando al rededor y dirigiéndose hácia la izquierda.)

Yo no tengo cómplices... estoy solo... soy un hombre honrado, perdido en esta casa...

BARONESA.

Pero entonces, quién es usted?... Con qué derecho se introduce usted de noche en esta casa?

BALDUQUE.

Oh señora! La fatalidad, ó mi patrona que es lo mismo, es quien tiene la culpa. (Se adelanta hácia la Baronesa y aquella retrocede.) No soy un malhechor... Qué prueba pudiera dar á usted? .. Ah!... nunca he sentido tanto como ahora el no tener algunos cientos de miles de duros...

BARONESA.

Acabemos, caballero.

BALDUQUE.

Ah!... si usted me permite que la explique...

BARONESA. (Aparte.)

Parece un poco imbécil, y esto me tranquiliza! (Alto.) Que se explique usted y pronto es lo que deseo... Cómo ha venido usted aquí?

BALDUQUE.

Cómo!... En coche... en una deliciosa berlina...

BARONESA.

Una berlina!...

BALDUQUE.

Que en pocos instantes y casi á pesar mio me ha trasportado desde la calle de Atocha hasta el portal de esta casa.

BARONESA.

Pero esa berlina... cómo ha entrado usted en ella?...



BALDUQUE.

Cómo he entrado?... Por la portezuela... (Aparte.) Esta muger es divina... procuraré no perder en su opinion hablándola de mi inglés. (Alto.) Señora, un asunto del corazon sobre el cual permitirá usted que guarde silencio, me obligó á huir de un individuo...

BARONESA.

Pero eso no explica...

BALDUQUE.

Diré á usted... Tuve lo malaventurada idea de ocultarme en un carruaje que sin duda esperaba á sus amos... El cochero echó á andar... le llamé... y me contestó no se si en francés ó en ruso...

BARONESA.

Ahora ya comprendo... já... já... já...

BALDUQUE. (Aparte.)

Ha comprendido!... Qué inteligencia!... Y se rie... Decididamente me agrada esta muger.

BARONESA. (Aparte.)

Qué cara pondrá Enrique cuando le refiera... Veremos si defiende aun á Ramoneau.

BALDUQUE.

Ramoneau... bien decia yo... aleman. Ahora ya lo sabe usted todo, señora...

BARONESA.

Caballero... le creo á usted...

BALDUQUE.

Entonces, aun cuando la compañía de usted me es sumamente agradable... suplico á usted que tenga la bondad de ponerme á la puerta de la calle, ó lo que es lo mismo de echarme... Son ya las dos de la mañana.

BARONESA.

Las dos!... Es verdad... (Mira el reloj.) Y qué hacer ahora!... Es muy comprometido... Caballero, me ha puesto usted en una posición sumamente difícil...

BALDUQUE.

La culpa es de mi inglés, digo de...

BARONESA.

Llamar á los criados para que abran la puerta á un individuo que se hallaba en mi habitacion á las dos de la mañana, es peligroso...

BALDUQUE.

Indíqueme usted otro medio de salir sin ser visto...

BARONESA.

No encuentro más que el balcon...

BALDUQUE.

El balcon!... Cáspita!... (Le abre y mira por él.) Pero, señora, esto está un poco alto.

BARONESA.

Tanto peor para usted: no hay otro medio. Al fin no es más que piso principal...

BALDUQUE.

Ya!... pero cuando no se está acostumbrado á saltar balcones.. No digo yo un principal... aunque fuera cuarto bajo... Además, señora, yo me conozco... Soy terriblemente nervioso, y si en tan peligroso salto me llegara á fracturar alguna parte esencial de mi individuo... gritaria... acudiría gente... y aun sería más comprometido para usted el que se descubriera que un hombre había saltado ese balcon á estas horas de la noche.

BARONESA.

Dice usted bien... cierre usted, .. cierre usted...

BALDUQUE.

Con mucho gusto... (Cierra el balcon.)

BARONESA.

Y qué hacer?...

BALDUQUE.

A mí nada se me ocurre...

BARONESA. (Aparte.)

Voy á llamar á Enrique... No ha salido, se lo contaré todo... Oh! no hay cuidado... No es celoso ó al menos lo asegura... Ahora caigo... Si yo me atreviera á hacerle creer que ese duque extranjero á quien no conoce...

BALDUQUE.

Las dos y cuarto!... De qué buena gana me iría...

BARONESA. (Aparte.)

Y por qué no?. (Alto.) Caballero, ya hallé un medio de arreglarlo todo.

BALDUQUE.

Mil gracias... Por dónde se puede salir?

BARONESA. (Señalándole la butaca al otro lado del velador.)

Por aquí...

BALDUQUE.

Por aquí... Dispense usted... pero no veo donde pueda estar...

BARONESA.

No... no es eso... Siéntese usted, se lo suplico.

BALDUQUE. (Sentándose.)

Que me siente!... Buen modo de echarme.

BARONESA. (Sentándose.)

Caballero, usted tendrá una carrera... una profesion...

BALDUQUE.

Soy meritorio en loterías con tres mil reales de sueldo... es decir los tres mil no son justos... hay un pequeño descuento.

BARONESA.

Necesito un mayordomo... No estoy contenta con el que tengo... Si le conviniera á usted esta plaza...

BALDUQUE.

Mayordomo!...

BARONESA.

Doce mil reales al año... y otro tanto de gages.

BALDUQUE.

Doce mil reales!... Yo sueño! (Se levanta.)

BARONESA.

Acepta usted?...

BALDUQUE.

Me resiguo.

BARONESA.

Asunto concluido. Tendrá usted la bondad de decirme su nombre?

BALDUQUE.

Isidoro Balduque. (Saluda.)

BARONESA.

Uf!... qué nombre tan feo... Le sería á usted igual cambiarle?...

BALDUQUE.

Si usted se empeña!...

BARONESA.

Balduque!... es tan largo... Podríamos abreviarlo, por supuesto, solo para entre nosotros... Le llamaríamos á usted Duque á secas, dejando á un lado el Bal...

BALDUQUE.

Como á usted guste, señora...

BARONESA.

Perfectamente: ya está todo arreglado. (Aparte, levantándose.) Duque!.. Señor Duque... (Alto.) Tomará usted una taza de té, señor Duque?

BALDUQUE.

Ah! me decía usted á mí!... Ya se vé, como aun no estoy acostumbrado... Tanta bondad, señora!...

BARONESA. (Aparte.)

Enrique no parece... Hablaremos más alto. (Alto.) Voy á mandar que nos sirvan... (Llama.)

BALDUQUE.

Esta debe ser costumbre del gran mundo... no me parece mal... (Aparece José.)

JOSÉ.

La señora Baronesa ha llamado?

BALDUQUE.

Una Baronesa!... Esto es grave. (Saca un par de guantes muy anchos y se los pone apresurado.)

BARONESA.

Sírvanos usted el té... y traiga usted con él unos emparedados y unas pastas...

JOSÉ.

Está muy bien. (Aparte.) Solo faltaba esto. (Vase.)

BALDUQUE.

No hay gente como la del gran mundo.

BARONESA. (Mirando al cuarto de Enrique con impaciencia.)

Es usted aficionado á la música?

BALDUQUE.

Mucho, señora, muchísimo... En mis tiempos toqué algo el trombon... (Deja el sombrero en el suelo.) (Aparte.) Estoy soñando! Va á cantar por mí... Oh! hospitalidad de los antiguos tiempos... (La Baronesa se sienta al piano y toca: el Baron aparece en la puerta de su cuarto, va á salir, pero al ver á Balduque se detiene admirado y escucha detras de las colgaduras.)

---

## ESCENA VI.

LOS MISMOS.—EL BARON.

**MUSICA.**

BARONESA. (Aparte.)

Enrique nos escucha...  
Ya muerde el cebo...  
Veremos si resiste  
firme á los celos.

BARON. (Aparte.)

Un hombre con Emilia!  
Viven los cielos,  
que no sé de este lance  
qué pensar debo.

BALDUQUE. (Aparte.)

Pues obsequiarne quiere,  
veuga el obsequio,  
si en ello nada gano,  
tampoco pierdo.

BARONESA. (A Balduque.)

Sentí suma alegría  
al veros en el baile...

BALDUQUE. (Aparte.)

Al verme á mí? Ya caigo!...  
Ha estado en Capellanes.

BARONESA.

Aunque es de vuestro empleo  
el cargo un tanto grave,  
espero, señor Duque,  
que consagreis amable  
á mi amistad...

BARON. (Aparte.)

Qué escuchol...

Me hace traicion... Infame!

BALDUQUE.

Vuestros descos, órdenes  
son ya desde este instante

BARONESA.

No exijo tanto...

BARON. (Aparte.)

Pérfida...

BARONESA. (Aparte.)

Ya siente el acicate.

(Cantando al piano.)

Una linda zagala  
cantando alegre vá,  
porque quien ella quiere  
escuchándola está.

Ella lo que desea  
descubre en su cantar,  
y el que la escucha acaso  
no la comprenderá.

Tra... la... la... la...

Ay qué placer  
tan singular,  
dar á entender  
con su cantar

en lo que el alma llega á pensar.

Tra... la... la... la...

Tra... la... la... la...

BARON.

(Así su amor

le va á mostrar;  
 mas mi furor  
 han de arrostrar!  
 Poco á fé mia han de cantar  
 Tra... la... la... la...  
 Tra... la... la... la...)

BALDUQUE.

(Ay qué placer  
 tan singular  
 será comer,  
 será cobrar;  
 y ver que luego me han de cantar  
 Tra... la... la... la...  
 Tra... la... la... la...)

---

HABLADO.

BARONESA.

Creo que estamos de acuerdo.

BALDUQUE.

Puede usted contar, señora, con una abnegacion, con una fidelidad á toda prueba.

BARONESA.

Así lo espero... (Viendo moverse las cortinas del cuarto del Baron.—Aparte.)  
 Creo que Enrique no puede ya contenerse... Por mi parte estoy á punto de soltar la carcajada... (A Balduque.) Mientras nos sirven el té... me permitirá usted que le deje solo un momento.

BALDUQUE.

Señora... no faltaba más...

BARONESA. (Aparte al marcharse.)

Vamos á reir á mis anchas!... (Váse por la puerta de su habitacion.)

ESCENA VII.

EL BARON.—BALDUQUE.—Despues JOSE.

Vaya si es bonita esta señora!... Y qué amable!... Solo que parece que tiene algo descosidas las ideas... (Se sienta á la derecha del velador.)

BARON. (Entra y viene á colocarse delante de Balduque con los brazos cruzados.)  
Me ahoga la cólera!

BALDUQUE. (Viendo al Baron y levantándose.)  
Calla.! de dónde sale éste?

BARON.  
Soy yo, señor mio.

BALDUQUE.  
No tengo el gusto...

BARON.  
Me explicará usted cómo es que le encuentro aquí, en mi puesto?

BALDUQUE.  
(En su puesto?... Ah! ya comprendo: es el mayordomo, mi antecesor, el que van á despedir.)

BARON.  
Hablará usted?...

BALDUQUE.  
Señor mio, no tengo que dar á usted cuentas.

(Entra José trayendo el té en una bandeja que va á poner sobre el velador.)

BARON.  
Es usted un insolente! (A José.) Qué es lo que traes ahí? Llévatelo al momento!

JOSÉ.  
Pero, señor...

BARON.  
Llévatelo, te digo! (José se marcha llevándose la bandeja.)

BALDUQUE.  
Pero cuánto ruido para nada!... Yo en su lugar de usted lo tomaria con más calma. Qué diantre! No es usted el primero á quien esto sucede; estas cosas se deben esperar siempre, y, en fin, no es culpa mia que usted no se conforme.

BARON.  
Cómo que me conforme! Qué significa esto?

BALDUQUE.  
Esto significa que la señora Baronesa no se encuentra ya bien con usted; ella misma me lo ha dicho hace un momento... Clarito.

BARON.  
Pero esto es demasiado!



BALDUQUE.

Hombre, no lo tome usted tan á pechos... Yo conozco que no es agradable... Pero, qué quiere usted? Las mugeres son tan caprichosas! El mismo que ayer las agradaba, hoy las disgusta. Quién sabe si á mí mismo no me despedirá el mejor día para tomar otro en mi lugar?

BARON.

Señor mio!...

BALDUQUE.

Phs! hoy por tí, mañana por mí.

BARON.

Pero usted cree que yo consentiré...

BALDUQUE.

Toma! Qué tendrá usted que hacer? Si ella se empeña, ya conoce usted que...

BARON.

Usted está loco!

BALDUQUE.

Si estuviera loco, no me hubiera preferido la Baronesa, amigo mio.

BARON (Cogiéndole del brazo.)

Basta, señor mio, basta! Esta conversacion ha durado ya demasiado. Deje usted de fingir esos modales groseros, ese tono de mala sociedad, porque con nada de eso puede engañarme.

BALDUQUE.

Modales groseros! Usted es el grosero, me parece, que yo con demasiada cortesía le trato.

BARON.

Puede usted dar gracias á Dios de que no tenga en este momento mi látigo en la mano, porque sinó le cruzaría á usted la cara!

BALDUQUE. (Pasando al otro lado por detrás del velador.)

Pues tendría gracia!... Por fortuna no tiene usted látigo.

BARON.

Es usted un cobarde!

BALDUQUE.

Por qué? Porque no quiero dejarme dar de latigazos?

BARON.

Hace un cuarto de hora que le estoy á usted provocando.

BALDUQUE.

(Es un loco de atar este mayordomo!) Amigo mio, con semejante génio comprendo que la Baronesa no le pueda á usted sufrir.

BARON.

Ni una palabra más!... Salga usted... Bastante ha probado ya mi paciencia... Salga usted!...

BALDUQUE.

Me echa, cuande es él quien debia marcharse! (Retrocediendo tropieza en el sofá.) Ay! usted tiene la culpa...

BARON. (Adelantándose hácia él.)

Se va usted?

BALDUQUE. (Pasando otra vez rápidamente por detrás del velador.)

Hombre, hace un rato que yo no queria más que marcharme; pero ahora que tengo la esperanza de reemplazar á usted...

BARON.

Insolente!...

BALDUQUE.

Ya conoce usted que no se renuncia así...

BARON. (Furioso y dirigiéndose á abrir la puerta de entrada.)

Por la última vez, salga usted ó le arrojó por el balcon!

BALDUQUE.

Por el balcon! Tambien él! Todos tienen la misma mania en esta casa.

BARON.

No me oye usted? (Adelantándose hácia él.)

BALDUQUE.

(Retrocede hasta el piano, en el cual tropieza produciendo en las teclas un sonido lastimero y se gnarece detras.)

Caramba! esto va de veras!... Socorro!

## ESCENA VIII.

LA BARONESA.—EL BARON.—BALDUQUE.

BARONESA. (Que sale de su cuarto y viene á colocarse cerca del Baron.)  
Qué es esto? Qué sucede?

BARON.

Llega usted muy á tiempo, señora! Me explicará usted cómo se halla aquí el señor, y por qué ha tenido usted con él la conversacion poco edificante que acabo de escuchar?

BARONESA.

Cómo! Usted escucha detrás de las puertas?

BALDUQUE. (Adelantándose.)

Es un vicio muy feo, sí señor, muy feo!

BARON.

Calle usted, ó voy á...

BALDUQUE.

Cuando digo que es loco furioso!

BARONESA. (Al Baron.)

En fin, si usted ha escuchado, sabrá que he elegido al señor para un empleo de confianza, y espero que usted ratifique...

BALDUQUE.

Todo puede arreglarse: que se quede él tambien. Yo me contento con ayudarle en el desempeño de sus obligaciones... Aunque tenga menos sueldo...

BARON.

Se están burlando los dos de mí! Señora, nunca la hubiera á usted creído capaz de semejante conducta!

BARONESA.

Cómo! Usted me ofende con sospechas injuriosas!

BALDUQUE. (Aparte.)

Cuánto cumplimiento para ponerle á la puerta!... Esta señora es demasiado buena.

BARONESA.

Despues de semejante ultrage, debe usted comprender que no puede haber nada de comun entre nosotros.

BARON.

Corriente, señora! Usted se adelanta á mis descos: nos iremos cada uno por su lado. Daré á usted cuenta exacta de sus bienes, y verá usted que no han perdido nada en mis manos.

BALDUQUE. (Aparte.)

Eso es lo que falta saber. Siente demasiado dejar su puesto para no haber hecho su negocio.

BARONESA.

Mañana volveré á casa de mi madre.

BARON.

Mañana dejaré para siempre á Madrid.

BARONESA.

Corriente... Adios.

BARON.

Adios. (Entra cada uno en su habitacion.)

## ESCENA IX.

BALDUQUE.—Despues EL BARON.

BALDUQUE.

Se marchan!... Bueno, yo tambien me voy... Ese hombre tiene cara de pocos amigos, y hasta que él me deje libre el campo... Dónde he puesto yo mi sombrero? (Al ir á tomar el sombrero se encuentra cara á cara con el Baron, que entra con dos espadas.)

BARON.

Alto, señor duque! Despues de haberse introducido en esta casa, no puede usted salir de ella sino pasando por encima de mí.

BALDUQUE.

Pero si no soy yo quien se ha introducido. El cochero fué quien me introdujo.

BARON.

Es decir que le habrá usted ganado... Es tan fácil ganar á un cochero, con unos cuantos napoleones...

BALDUQUE.

Fácil, eh? (Dando con la mano en los bolsillos vacíos de su chaleco.) A mí me hubiera sido muy difícil.

BARON.

Ea, por última vez, defiéndase usted, y sepa que nadie se burla impunemente del baron del Valle.

BALDUQUE.

Cómo! Es usted el señor baron del Valle?

BARON.

Qué, no lo sabia usted?

BALDUQUE.

Eh! si yo le tomaba á usted por el mayordomo! Pero entonces, estoy en su casa de usted. Qué casualidad!

BARON.

Vamos, basta de broma!

BALDUQUE.

Hablo formal, y muy formal! Señor Baron, nunca me consolaré de mi equivocacion! Cuando pienso de qué modo le he hablado á usted, á mi protector!... porque usted es mi protector, sí señor!

BARON.

Qué dice!

BALDUQUE.

He sido recomendado á usted por su señor tio, el señor marqués de Montes Altos, yo, yo mismo, Isidoro Balduque.

BARON.

Qué, usted se llama Balduque?

BALDUQUE.

Balduque, como mi padre y como mi abuelo; y mis hijos, cuando los tenga, se llamarán Balduquitos.

BARON.

Luego no es usted el duque de...

BALDUQUE.

Yo? Duque yo? Un pobre meritorio de loterías, con tres mil reales de sueldo... Pero cuánto me alegro de encontrar á usted. Mañana pensaba traer á usted la carta de su señor tio, que hoy mismo he podido conseguir... Aquí debo tenerla... Esta es... (Dándole una carta. El Baron deja su espada sobre el velador. Balduque la coge y la pone sobre el sofá.)

BARON. (Leyendo.)

«Mi querido sobrino, voy á recomendarte un hombre honrado, aunque un poco majadero...

BALDUQUE.

Ajá! oh! él me conoce hace mucho tiempo, y sabe quién soy

yo. Además, aquí tengo mi cédula de vecindad... Vea usted... «Isidoro Balduque.»

BARON. (Examinando los papeles.)

Qué quiere decir esto?

BALDUQUE.

Pero vea usted qué conjunto de cosas... (El Baron le devuelve la cédula.) Gracias, señor Baron... (Continuando.) Sepa usted que por huir de un acreedor me metí en su coche de usted, y el cochero me trajo aquí... A esto debo el honor de...

BARON.

Pero, cómo le llamaba á usted señor duque?...

BALDUQUE.

Qué sé yo! Fué un capricho de la señora Baronesa... Dijo que no la gustaba *Balduque*, que suprimiera el *Bai*, y con esta condicion me tomó por mayordomo. Despues me hizo hablar, me ofreció té, se puso al piano...

BARON.

(Ah! ya comprendo... Emilia ha querido burlarse de mí, y he caido en la red... En fin, más vale así.)

BALDUQUE.

Si el señor Baron quisiera confirmar la eleccion de la señora...

BARON.

Veremos... No digo que no...

BALDUQUE.

Oh! mi nuevo empleo me distraerá... porque me aburro escribiendo todo el dia números para la lotería primitiva... Y entre número y número me acuerdo siempre de Eufrasia.

BARON.

Eufrasia, dice usted...

BALDUQUE.

Ah! sí señor: una preciosa modista que ahora baila en el teatro de Variedades, y se llama Eufrosina!..

BARON.

(La misma!)

BALDUQUE.

Ah! me ha dejado, sí señor, me ha enviado á paseo...

BARON.

(Cónque es este el pobre diablo que... Entonces le debo una indemnizacion.)

BALDUQUE. (Que durante este tiempo ha tomado su sombrero.)

En fin, señor Baron, me recomiendo á la bondad de usted. (Al marcharse tropieza con la espada que está en el suelo.) Ah! estos objetos mortíferos son ya inútiles. (Levanta la espada y la pone con la otra sobre el sofá.)

BARON. (Riendo.)

Es verdad! En poco ha estado que nos batiéramos, señor Balduque.

BALDUQUE.

En poco? No, sino en mucho, porque yo no hubiera consentido... Repito... (Saluda una y otra vez y se dirige hácia la puerta del fondo.)

BARON.

Oh! Emilia, Emilia! Cómo te has burlado de mí! Yo debia tomar mi revancha... Y por qué no? Ya he encontrado el medio... Ese balcon da al jardin... Balduque.

BALDUQUE. (Volviendo.)

Señor Baron?

BARON.

Será usted nuestro mayordomo; pero ante todo, me va usted á prestar un servicio.

BALDUQUE.

Todos los que usted quiera.

BARON.

Tome usted esas espadas. (Balduque lo hace.) Vamos á batirnos al jardin.

BALDUQUE.

Eh?

BARON.

O más bien á fingir que nos batimos... Tengo mis razones...

BALDUQUE.

Sí, comprendo; pero la noche está oscura, y pudiéramos pincharnos sin querer. Una vez que se trata de fingir, yo bajaré solo y esgrimiré por cuatro... usted verá...

BARON.

Corriente! De noche no es preciso más. Prefiero este medio, que

me permitirá observar lo que pasa aquí. (Abriendo la primera puerta de la derecha.) Baje usted por aquí... otro tramo á la izquierda y se encontrará usted en el jardín.

BALDUQUE.

No teniendo á nadie delante, ya verá usted cómo me bato. (Váase.)

## ESCENA X.

EL BARON.

A fé mia que Emilia ha conseguido lo que se proponia. Cáspita, tuve un miedo... Pero quién habia de pensar... Bien se hábrá reido; pero veremos ahora lo que hace. (Se dirige hácia la habitacion de la Baronesa.) No oigo nada... (Mirando por la cerradura.) No está en su gabinete... La puerta de su alcoba está abierta... Ah! ya la veo... Viene hácia aquí... (Se oculta vivamente detras de los cortinas del balcon, y cuando entra la Baronesa se esconde detrás de la puerta que ella ha dejado entreabierta.)

## ESCENA XI.

LA BARONESA.—EL BARON (oculto.)

BARONESA. (Cubierta con un peinador.)

No hay nadie... Dónde habrán ido? Yo los he dejado segura de que en cuanto Enrique hablara cuatro palabras más con ese bueno de Balduque, se desengañaria y... Veremos á ver si sostiene ahora su bella teoría sobre los celos... ¡¡ Aunque yo viera un hombre á tus pies le tomaria por... Ha conocido lo que son celos!.. Pero por qué no habrá venido á buscarme? Estará enfadado?... Quizá he hecho mal en dejarlos solos... Enrique tiene el génio tan vivo que... Empiezo á estar inquieta... Voy á contárselo todo, á pedirle perdon y á darle un abrazo.

BARON.

(Mi querida mujer!)

BALDUQUE. (Dentro.)

Ea! en guardia! en guardia!



BARONESA.

Esas voces... En el jardín... (Corre al balcon.)

BALDUQUE. (Dentro.)

En guardia ó le mato á usted como á un perro. (Desde este momento se oye ruido de espadas en el jardín-)

BARONESA.

Oh! Dios mio! Nada veo... Pero ese ruido... Se están batiendo! y por culpa mia!... Enrique!... Detenéos, detenéos!... No hay quien los separe... Ah! yo seré causa de su muerte!

BARON. (Saliendo de su escondite.)

Emilia, querida Emilia! Se ha desmayado! (Cesa el ruido.) Qué imprudencia la mia!

## ESCENA XII.

BALDUQUE.—DICHOS.

BALDUQUE. (Con las dos espadas al hombro.)

Me parece que he esgrimido como un héroe. Este combate ha debido hacer efecto.

BARON.

Eh! demasiado... Emilia, Emilia... No vuelve... Quédese usted aquí... Voy á buscar algun espíritu que la haga volver... (Entra en su cuarto.)

## ESCENA XIII.

LA BARONESA y BALDUQUE.

BARONESA. (Volviendo en sí.)

Quién me llama? Es Enrique?

BALDUQUE.

Señora...

BARONESA.

Dios mio! El otro... y esas armas!.. Ha muerto á mi marido! Cobarde asesino, has muerto á mi marido? Miserable!

BALDUQUE.

Oígame usted, señora.

BARONESA.

Oh! pero no pienses escapar. (Llamando.)

BALDUQUE.

Caramba! me asusta... Y el otro que no vuelve... Lo voy á pasar mal... Lo más prudente es poner pies en polvorosa. (Huye por la puerta de entrada.)

BARONESA.

Ah! Yo te seguiré... (Va á correr detrás de Balduque, cuando vé entrar á Enrique y se arroja en sus brazos.) Enrique! Eres tú? No estás herido?

### { ESCENA XIV.

EL BARON.—LA BARONESA.

BARON.

No por cierto. Ha sido Balduque quien por orden mia ha hecho todo ese ruido en el jardin...

BARONESA. (Cayendo en un sillón.)

Ah! qué susto me has dado.

BARON.

Perdóname, querida Emilia.

BARONESA.

Estás perdonado; pero no olvides que has estado celoso, y celoso de un Balduque.

BARON.

Lo confieso: cuando ví que le llamabas «señor duque» y que le ofrecias una taza de té... A propósito, ¿no me ofrecerás á mí tambien una taza de té?

BARONESA.

Corriente; con tal que...

## ESCENA XV.

BALDUQUE conducido por JOSE y otro criado.—DICHOS.

BALDUQUE. (Pugnando por desasirse.)

Déjenme ustedes.

JOSÉ. (Conteniendo á Balduque con las dos espadas.)

Señor Baron, en el momento en que acudiamos al ruido de la campanilla, hemos visto este hombre que queria escaparse por el jardin' e hemos desarmado y aqui está.

BARON.

Soltadle. (El otro criado se marcha.)

BALDUQUE.

Eh! qué te decia yo? Cuanto más les aseguraba que era el mayor-domo, más me tomaban por un ladron; qué diablo! en todo hay excepciones.

BARONESA.

José, trae el té.

JOSÉ.

¿La señora dice que ..

BARONESA.

Que traigas el té!

JOSÉ.

Está bien, señora... (Todavía no hemos acabado?)

## ESCENA XIV.

BALDUQUE.—EL BARON.—LA BARONESA.—Despues JOSE.

BARON.

Amigo Balduque, como compensacion del susto de antes, confirmo la eleccion de mi muger.

BALDUQUE.

Tantas gracias, señor... Usted me...

BARON.

Y no es solo eso: concedo á usted de antemano un favor, sea el que quiera el que me pida...

BALDUQUE.

Un favor...

BARONESA.

Pida usted, pida usted...

BALDUQUE.

Me confunde tanta bondad!... (Aparte.) Caramba... no se me ocurre nada que pedir... Ah! sí; ya caigo... es título... debe estar enterrado en estas cosas de nobleza...

BARONESA

Vamos... hable usted...

BALDUQUE.

Es que... no me atrevo...

BARON.

Atrévase usted, hombre... atrévase usted...

BALDUQUE.

Ya que usted se empeña... Señora, aquí donde usted me ve... he tenido relaciones con una que ahora es bailarina de un teatro... La ingrata me ha abandonado por otro, á quien no conozco, pero del cual poseo una carta... (Saca un papel.)

BARON. (Aparte.)

Maldito hablador...

BARONESA.

Y bien...

BALDUQUE.

La carta... no tiene firma, pero sí unas armas por timbre, que no conozco y que desearia que usted me explicase... para ver si por ellas se puede sacar el nombre de mi rival...

BARON. (Queriendo coger la carta.)

A ver!...

BARONESA. (Deteniéndole y cogiendo ella el papel.)

No... déjame á mí...

BARON. (Aparte.)

Soy perdido...

BARONESA.

Qué veo... si... no hay duda, son las tuyas! (Al Baron,)

BALDUQUE. (Aparte.)

Qué oigo!...

BARON. (Aparte.)

Torpe!...

BARONESA.

Esta letra... (Lee.) «Querida Eufrosina, esta noche te espera á la salida del teatro tu Enrique.» Oh! infamia!...

BARON.

Emilia... esa carta...

BARONESA.

Acaso sea antigua... pero no... solo tiene quince dias de fecha... Traidor!...

BARON.

Emilia... yo te explicaré...

BALDUQUE.

(Qué complicacion!... Mi protector es mi rival, mi rival es mi protector... No sé si debo quererle ó detestarle!)

BARONESA. (Al Baron.)

Ahora comprendo por qué perdía usted en la Bolsa con tanta frecuencia: sin duda la bailarina era su agente de cambio, eh?

BALDUQUE.

El hecho es que ella ha cambiado bastante para conmigo!

BARON.

Pero escucha...

BARONESA.

Necesito conocer á esa mujer... (A Balduque.) Es blanca ó morena?

BALDUQUE.

Morena.

BARONESA.

Ojos negros, eh?

BALDUQUE.

Si señora; como la nieve... es decir... Vamos, no sé donde tengo la cabeza.

BARON. (Bajo á Balduque.)

(Callarás, maldito!)

BARONESA.

En qué teatro baila?

BALDUQUE.

En Variedades.

BARONESA.

Qué baila?

BALDUQUE.

Todo, señora, todo; desde el bolero... la la la la... hastalas habas verdes: «Que tómalas aquí...»

BARONESA. (A José que sale con el té.)

José, el coche.

JOSÉ.

El té, querrá decir la señora...

BARONESA.

Llévatelo! El coche te digo!

JOSÉ.

Está bien, señora... (Cuando digo que estan locos!) (vase.)

BARONESA.

Me voy á casa de mi madre ahora mismo.

BARON.

Emilia!...

BALDUQUE.

Verdaderamente que yo tengo la culpa de todo esto... Y Eufrasia no merece... (Bajo al Baron.) Me promete usted dejar á la bailarina?

BARON. (Lo mismo.)

Hace ya dias que hemos reñido.

BALDUQUE.

En ese caso... Señora Baronesa, quiere usted que yo la explique todo en dos palabras?

BARONESA.

Hable usted.

BARON.

(Qué irá á decir este majadero?)

BALDUQUE.

Pues el señor Baron, queriendo devolver á usted broma por broma, mientras usted estaba adentro, escribió esta carta y me instruyó en lo que debía decir para que usted creyera... Esto es todo.

BARON. (Bajo á Balduque.)

(Cuenta con una buena gratificación.) (A la Baronesa.) Eso es, esto es todo, y ya iba yo á explicarte...

BARONESA.

Oh! Me has hecho sufrir mucho... En fin, más vale así!

JOSÉ. (Estrando.)

El coche está esperando.

BARONESA.

Que desenganchen. (José la mira.) A menos que tú no quieras volver al baile... (Al Baron.)

BARON.

Rencorosilla!

BARONESA.

José, el té.

JOSÉ.

La señora pide...

BARONESA.

El té. (José entra por él y le saca al momento.)

BALDUQUE.

Y ahora ya no te mandarán que te le vuelvas á llevar, yo te lo aseguro á fé de mayordomo...

---

**CANTO.**

Por encontrarme  
con un inglés  
vaya una ganga  
que aquí pesqué?

BARONESA. (Que está sirviendo el té.)  
Balduque.

BALDUQUE.

Gracias!

Sírvase usted

(Al público.)

Un convidado

convida á cien:

si ustedes gustan

pueden volver

todas las noches

á tomar té.

(Cae el telon.)

---

Habiendo examinado esta zarzuela , no hallo inconveniente en que su representacion se autorice si se hace la ligera supresion atajada en la escena V.

Madrid 15 de Diciembre de 1860.—El Censor de Teatros, ANTONIO FERRER DEL RIO.

Queda hecha la supresion marcada por el Censor.









